



Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

Vilcapugio y Ayohuma: El Bicentenario de dos derrotas

Por el Académico de Número, Dr. Carlos Páez de la Torre

Esta segunda década del siglo XXI abunda en bicentenarios. Algunos son ciertamente gloriosos, como el 25 de Mayo, la Batalla de Tucumán, la Asamblea del XIII, la Batalla de Salta. Pero otros son tristes y sombríos. Como los que se cumplieron recientemente: las derrotas de Vilcapugio, el 1 de octubre de 1813 y la de Ayohuma, el 14 de noviembre del mismo año. Ambos contrastes significaron que terminara en desastre la segunda campaña de la fuerzas patriotas al Alto Perú. Nadie podía pensar que así ocurriría, durante lo que iba corriendo de 1813. El Ejército del Norte había obtenido, en febrero, la formidable victoria de Salta. Acampado en esa ciudad, su jefe, el general Manuel Belgrano, estaba seguro de poder asestar un golpe final a los realistas, y tomar así el control total de la actual Bolivia, entonces llamada Alto Perú.

Tardanza en partir

Pero no se movió con rapidez. Estaba, dice Mitre, "demasiado ocupado en escribir correspondencias y proclamas". Desde Buenos Aires, el poder central lo instaba a comenzar la campaña. A lo que Belgrano invariablemente respondía que no podía hacerlo hasta que no equipara adecuadamente su fuerza con armamento, caballadas, vestuario y nuevos reclutas. Al fin, a regañadientes, en abril movió el ejército hasta Jujuy y desde allí envió su vanguardia a Potosí, al mando del coronel Cornelio Zelaya. El general, con el grueso de las tropas, entró en la orgullosa ciudad altopेरuana el 21 de junio, e instaló en ella su cuartel general.

Entre tanto, en las filas realistas se registraban novedades. La victoria patriota de Salta había atemorizado tanto al general en jefe, José Manuel de Goyeneche, que renunció indeclinablemente al mando, a fines de mayo. Dejó la comandancia a su segundo, el brigadier Juan Ramírez. Este alentaba el propósito de caer sobre los patriotas acampados en Potosí, pero la insurrección de Cochabamba lo disuadió y se replegó hasta Oruro.

Pérdida de tiempo

El 1 de julio llegó el nuevo comandante realista, nombrado en reemplazo de Goyeneche: el brigadier Joaquín de la Pezuela. Era, expresa Mitre, "un hábil oficial de artillería, que tenía una larga experiencia en la guerra". Se aplicó de inmediato a reorganizar y remontar el ejército del Rey. Pronto este llegó a contar con unos 4600 hombres de las tres armas, bien equipados salvo en las cabalgaduras.

Mientras tanto Belgrano, en Potosí, no empleaba adecuadamente su tiempo. Se ocupaba de colocar oficiales de su confianza al frente de las provincias



Manuel Belgrano. Bronce de Francisco B. Cafferata (1884) en la plaza Belgrano de San Miguel de Tucumán.

del interior; reorganizaba la Casa de la Moneda; se congraciaba con el cacique Cumbay; recibía a las damas de la ciudad, quienes le obsequiaron una magnífica tarja de plata y oro, por ejemplo. Todo esto, si bien tenía su importancia, demoraba la operación contra los realistas, que era lo realmente imperioso en esos momentos. Además su fuerza empezó a verse seriamente afectada por las deserciones.

Cita en Vilcapugio

Gran parte de los indígenas altopेरuanos apoyaba la revolución. El más fuerte de sus caudillos era Baltasar Cárdenas, a quien Belgrano había dado el grado de coronel. A mediados de setiembre, el jefe del Ejército del Norte, sabedor de que Pezuela estaba acampado en Condo Condo, ordenó por escrito a Cárdenas que se moviera sobre el flanco del enemigo, y le avisó que disponía lo mismo respecto del coronel Zelaya, con las fuerzas de Cochabamba. En cuanto a él, con el grueso del ejército, atacaría de frente. El punto de reunión de la fuerza patriota en conjunto sería la desolada pampa de Vilcapugio: una desacertada elección, porque el paraje estaba demasiado cerca –apenas a una jornada– del campamento realista.

El 5 de setiembre, Belgrano se movió rumbo a la cita. Su ejército sumaba en total unos 3500 hombres, de los cuales un millar eran reclutas, incorporados para cubrir los claros de las deserciones. La artillería era débil, y escasas y malas las monturas. Como estaba previsto, acampó en



Academia Nacional de la Historia de la República Argentina



Batalla de Vilcapugio, 1 de Octubre de 1813

Vilcapugio, para esperar a Zelaya y a Cárdenas.

Pezuela al ataque

Ignoraba que el comandante Saturnino Castro –salteño pasado a los realistas- había caído sorpresivamente sobre Cárdenas y sus indios en Anacato, destrozándolos completamente. Lo más grave fue que, entre los papeles del derrotado, el jefe realista encontró la correspondencia de Belgrano. Al leerla, pudo enterarse de que el Ejército del Norte aguardaba, en Vilcapugio, la incorporación de Cárdenas y de Zelaya como paso previo a lanzar su ofensiva. Pezuela, entonces, resolvió que antes de que llegara Zelaya atacaría a Belgrano. Era algo que el confiado jefe patriota jamás había calculado. Al mediodía del 30 de setiembre la tropa realista empezó a trepar laboriosamente la cuesta, rumbo a las alturas que rodean la pampa de Vilcapugio. Llegaron a la medianoche, y de inmediato ejecutaron el no menos trabajoso descenso hasta el llano. Al llegar, tuvieron a la vista el Ejército del Norte. Al amanecer del 1 de octubre de 1813, las avanzadas enteraron al atónito Belgrano de que los realistas estaban a media legua de distancia, ya formados para atacar.

Feliz comienzo

Avanzaban “a banderas desplegadas, al son de la marcha granadera que batían pausadamente los tambores”, dice Mitre. Era un espectáculo imponente. Recuerda José María Paz que “el sol hería de frente la línea enemiga y sus armas brillaban con profusión”.

Belgrano formó rápidamente su línea: a la derecha la caballería, mandada por los comandantes José Bernaldes Polledo y Domingo Arévalo; al centro, la infantería, con los Cazadores del mayor Ramón Echavarría; dos batallones del Regimiento 6, con los coroneles Miguel Aráoz y Carlos Forest; el Batallón de Castas, del coronel José Superí. En el ala izquierda, estaban los Dragones de caballería, que conducía el coronel Diego Balcarce. La reserva formaba con un batallón del Regimiento 1, mandado por el coronel Gregorio Perdriel.

La acción no empezó con las habituales guerrillas. La iniciaron los cañonazos de los patriotas y,

cuando el enemigo estuvo cerca, Belgrano encargó cargarlo a la bayoneta. El primer tramo de la lucha fue venturoso para el Ejército del Norte. Desde la derecha, sus Cazadores aplastaron a la izquierda realista, matando al coronel Felipe La Hera. También fue afortunado el duro ataque al centro, cuyos soldados terminaron dispersos y en fuga, perseguidos por la caballería de Belgrano. Allí perdió la vida el coronel Bernaldes Polledo y cayeron heridos el coronel patriota Forest y el coronel realista Lombera.

Un toque fatal

Pero en la derecha realista estaban las mejores tropas del enemigo. Mandadas por los coroneles Picoaga y Pedro Olañeta, resistían con denuedo el furioso embate de la izquierda patriota. De pronto, ocurrió algo insólito: los tambores del Ejército del Norte tocaron la señal de retirada. Al parecer, la habría ordenado el mayor Echavarría, no se sabe porqué.

Al oír ese toque, que sonaba a sus espaldas, la fuerza patriota se dio vuelta y divisó mucha gente apiñada en los morros. Se trataba de indígenas meramente espectadores del encuentro, pero los soldados pensaron que eran refuerzos que llegaban para sumarse a los realistas. Alguno empezó a gritar “¡al cerro, al cerro!”, y todos corrieron velozmente a refugiarse en esas alturas.

Minutos antes, la derecha realista había puesto en gran apuro a la izquierda patriota. Su coronel, Benito Álvarez, cayó muerto de un balazo. Corrió a remplazarlo el mayor Beldón, quien también resultó muerto, y ocurrió lo mismo con su segundo, el capitán José Laureano Villegas. Lo reemplazó el bravo capitán salteño Apolinario Saravia, quien también resultó gravemente herido en el pecho.

Así estaban las cosas cuando se oyó el tambor de retirada. Esa señal disolvió sin remedio la izquierda patriota. De nada sirvió que Díaz Vélez tratara de intervenir en diagonal con la reserva. Todo terminó en un tremendo desbande, mientras Pezuela



Escudo de Vilcapugio. Fue acordado por los realistas a sus tropas.

lograba reorganizar los dispersos de su izquierda y de su centro, y recibía el inesperado refuerzo del escuadrón de Castro, que llegó al galope.



Academia Nacional de la Historia de la República Argentina



Joaquín de la Pezuela. El jefe realista que batió al Ejército del Norte en Vilcapugio y Ayohuma.

El desastre

Belgrano se apeó del caballo, tomó en sus manos la bandera, hizo sonar los tambores y con “una cuarta parte de la rota reserva, más un cañón que hizo arrastrar, subió a uno de los morros”. Logró reunir unos 200 hombres, cuyo fuego de fusilería prolongó, por algún tiempo más, una acción que ya estaba definida. Nada podía hacer ese puñado de tiradores frente al incesante cañoneo de los realistas, absolutamente dueños del campo.

Belgrano estaba triste y silencioso, aferrando el asta de la enseña azul y blanca. El enemigo no quiso atacar su posición en el morro, si bien mantuvo un intermitente fuego de cañones. “Eran ya las tres de la tarde, y las miserables reliquias del ejército argentino reunidas en el morro no alcanzaban a los 400 hombres, incluidos los heridos, que fueron cuidadosamente atendidos por orden del general. Todo lo demás se había disipado como el humo del combate”, narra Mitre.

La retirada

En el campo yacían 300 muertos del Ejército del Norte. Muchos de sus hombres habían caído prisioneros, y estaban en manos de Pezuela toda la artillería y el parque de los patriotas. Los victoriosos realistas habían perdido unos 600 soldados.

Belgrano miró con tristeza la pampa de Vilcapugio y arengó de viva voz al puñado de hombres que le quedaban. “Soldados, hemos perdido la batalla después de tanto pelear: la victoria nos ha traicio-

nado pasándose a las filas enemigas en medio de nuestro triunfo. ¡No importa! Aun flamea en nuestras manos la bandera de la Patria”.

Así terminó la sangrienta batalla de Vilcapugio. El jefe del Ejército del Norte ordenó la retirada por una escarpada cordillera al este de su posición. Habría afirmado después que, si hubiera tenido a Manuel Dorrego entre sus oficiales, el resultado hubiera sido otro: se arrepentía de haberlo separado de la fuerza meses atrás.

En el parte del combate, el vencedor Pezuela no pudo menos que elogiar a los soldados que derrotó. Había podido comprobar, expresó, “que no eran unos reclutas la mayor parte de ellos, como suponía, sino unos hombres instruidos, disciplinados y valientes”.

Las pérdidas sufridas por Pezuela, determinaron que,

en lugar de perseguir a Belgrano que se retiraba, el jefe realista prefiriera volver a sus cuarteles de Condo Condo y reorganizar su tropa.

El cuartel de Macha

Belgrano pudo así replegarse sin sobresaltos hasta Macha, en la provincia de Cochabamba. Allí instaló su cuartel general y de inmediato se empeñó en reunir a los soldados dispersos y en reclutar nuevos, además de obtener armas y pertrechos. Como esa zona era adicta a la revolución, la respuesta popular fue más que positiva.

Belgrano organizó operaciones de guerrilla. La más conocida fue la de Gregorio Aráoz de La Madrid. Tres de sus soldados, José Mariano Gómez, tucumano, Santiago Albarracín y Juan Bautista González, sorprendieron el puesto realista de Tambo Nuevo, tomando once prisioneros, lo que les valió el ascenso a sargentos.

Los soldados pronto aumentaron. Llegó Eustoquio Díaz Vélez con unos 500 dispersos de Vilcapugio. Le remitió Juan Antonio Álvarez de Arenales la fuerza que tenía en Cochabamba, y Cornelio Zelaya se presentó con 300 reclutas. Sumados a los que trajo el caudillo indígena Cárdenas y los que envió Francisco Ortiz de Ocampo desde Charcas, invadió a Belgrano la equivocada impresión de haberse rehecho.

Opiniones en contra

Equivocada, porque aunque tenía reunidos unos 3.400 hombres, la gran mayoría eran reclutas sin instrucción y mal armados. La artillería buena había quedado en Vilcapugio y solamente contaba con ocho malas y pequeñas piezas. De todos modos, el jefe del Ejército del Norte decidió tomar de nuevo la ofensiva. Siguiendo las clásicas obras de Bartolomé Mitre y de Bernardo Frías, puede reconstruirse lo que siguió.

A la decisión ya la tenía tomada Belgrano aunque, para guardar las formas, consultó en Macha a un consejo de guerra. Todos los oficiales opinaron que



Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

no se daban las condiciones para acometer batalla alguna. Díaz Vélez proponía correrse a Potosí y esperar en ese punto los cañones que le remitían



Pistola. Arma que perteneció al general Manuel Belgrano

de Salta. Gregorio Perdriel era partidario de ir al norte e internarse en la provincia de Oruro, tomar su capital y pasar desde allí a La Paz y a Cuzco. Las dos propuestas se basaban en que Pezuela no se hallaba en aptitud de perseguirlos, y que la larga campaña serviría para que se instruyesen los reclutas.

Belgrano resuelve

Belgrano descartó ambos planes. Argumentó que ir a Potosí desmoralizaría a la tropa, y que era imprudente internarse en Oruro en estación de lluvias y con pésimos caminos. Insistía en la debilidad de Pezuela y, finalmente, dio por cerrada la discusión. "Yo respondo a la Nación con mi cabeza del éxito de la batalla", afirmó rotundamente. Sabedor de que Pezuela había levantado, el 29 de octubre, su campamento de Condo -tras sumar a sus fuerzas las guarniciones de Oruro, La Paz y Cuzco- y que venía en su búsqueda, Belgrano eligió para enfrentarlo el campo de Ayohuma, a pocas leguas de Macha. Por allí debían pasar forzosamente los realistas, tras descender de una elevada y escabrosa montaña. Se instaló entonces, de modo incomprensible, a dos leguas de esa montaña, y de allí ya no se movió. Estaba convencido de que los realistas lo atacarían de frente y que lograría la victoria.

A todo esto, Pezuela, luego de doce días de una marcha muy penosa por la falta de cabalgaduras, llegó a la cima de los llamados Altos de Taquiri. Allí descansó tres jornadas, mientras divisaba perfectamente, en el bajo, al ejército de Belgrano. Tuvo sobrado tiempo para planificar el encuentro.

Amanecer en Ayohuma

Hace dos siglos, el 14 de noviembre de 1813, al salir el sol, el ejército realista inició el laborioso descenso. Como Belgrano, con criterio inexplicable, no lo atacó en ese momento de tanta vulnerabilidad, la fuerza de Pezuela pudo llegar al llano. Allí se organizó y armó su artillería con toda tranquilidad. Estaba fuera de la vista de los patriotas, porque entre la montaña y el campo de Ayohuma se tendía una línea de lomas. Justamente, Belgrano pensaba que por ellas aparecería el enemigo.

Pero Pezuela tenía otra estrategia. Envío un grupo

para que se mostrase en lo alto de las lomas, engañando a los patriotas. Destacó un cuerpo para que tomara un cerro a la espalda de aquéllos y, al mismo tiempo, marchó con el grueso de sus tropas -siempre fuera de la vista de Belgrano- hasta el fin de las lomadas.

Entonces, desembocó en la llanura por un punto que el jefe patriota no había calculado. Y, sin más trámite, su poderosa artillería de 18 cañones rompió sobre el Ejército del Norte un fuego feroz que no se interrumpió durante media hora. Después, Pezuela avanzó, mientras el cuerpo que ocupaba el cerro atacaba a los patriotas por el flanco.

La derrota

Recién entonces Belgrano ordenó el avance de su infantería. Se tornó muy complicado. Había pensado que las zanjas que cruzaban el campo servirían para entorpecer al enemigo, y ocurrió que se convertían en obstáculo para sus infantes.

De todos modos, bajo el fuego de los cañones y fusiles realistas, y demostrando un coraje que admiraría a Pezuela, la infantería patriota cruzó el campo. Pero cuando estaba a corta distancia de las líneas enemigas, no pudo cargar a la bayoneta porque se le vino encima, por el flanco y por la retaguardia, la fuerza realista. Los infantes terminaron abandonando el campo, mientras dejaban más de 800 prisioneros en manos del enemigo y la mitad de su armamento.

Así, el centro y el ala derecha de Belgrano quedaban definitivamente disueltos. La esperanza patriota residía en la caballería de la izquierda. Pezuela la miraba con temor, dado que era numerosa y bien montada, y por eso concentró, para enfrentarla, dos batallones de infantería y 10 cañones.

Al mando de Díaz Vélez se lanzaron los jinetes, recibidos por un sostenido cañoneo que los desbarató. Zelaya pudo reunirlos de nuevo y volvió a la carga una y otra vez, apoyado por los escuadrones de Diego Balcarce y Máximo Zamudio. Esto permitió que se pudiese a salvo la infantería, que de otro modo hubiera sido aniquilada en su totalidad.

Triste retirada

Pero nada podía alterar el resultado de un combate que ya estaba perdido. Belgrano y Díaz Vélez, no sin riesgo personal, lograron que los dispersos ganaran las lomas cercanas al campo de batalla. Allí Belgrano enarboló la bandera y ordenó a sus clarines que tocaran a reunión. Pudo congregarse unos 400 infantes y unos 80 jinetes.

Quedaban en el campo de Ayohuma 200 muertos, 200 heridos y más de 500 prisioneros patriotas, además de toda la artillería, bagaje y parque. Las pérdidas de Pezuela ascendieron a unos 200 muertos y 300 heridos.

Con gran coraje, Díaz Vélez, con menos de un centenar de jinetes, protegió la retirada de los



Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

infantes, soportando un fuego graneado que no se detuvo hasta la puesta del sol. De esa retirada, la historia registra episodios como el de los soldados Alderete y Gaona, que perdieron la vida para proteger al mayor Ramón Estomba, herido en el muslo. O el denuedo con que el capitán José María Paz, al saber que su hermano Julián había perdido su caballo y nadie lo auxiliaba, volvió atrás desafiando todos los peligros para rescatarlo. El 16 de noviembre, el derrotado Belgrano llegaba a Potosí, y dos días más tarde partía, rumbo a Jujuy, "al frente de poco más de 800 hombres, últimos restos de los vencedores de Tucumán Y Salta", escribe Mitre.



Tambo Nuevo. Días antes de Ayohuma, soldados de una guerrilla patriota sorprendieron el puesto realista de Tambo Nuevo, lo que les valió el ascenso a sargentos. Acuarela de Franz Van Riel.

Sesión Pública 12 de Noviembre: Entrega de Premios y Reconocimientos

El martes 12 de noviembre, la Academia Nacional de la Historia realizó en el antiguo recinto del Congreso Nacional, la sesión pública especialmente convocada para la entrega de medallas y diplomas de reconocimiento.

Se otorgaron los premios correspondientes al Premio al Egresado con mayor promedio en las carreras de Historia, año 2012 a los licenciados: **Nahuel Hernán Ojeda Silva**, egresado del Departamento de Historia de la Universidad Torcuato Di Tella; **Esteban Damián Pontoriero**, egresado del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Tres de Febrero; **Guillermo Ezequiel Juan**, egresado de la Facultad de Historia, Geografía y Turismo de la Universidad del Salvador; y a los profesores: **Mariana Lucía Alonso Ishihara**, egresada de la Facultad de Ciencias de la Educación y Humanidades de la Universidad de Morón; **Ayelén Fiebelkorn**, egresada de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de la Plata; **Jonatan Gastón Acevedo**, egresado del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Luján.

Agradeció en nombre de todos los egresados del país el licenciado Nahuel Hernán Ojeda Silva.

A continuación se hizo entrega del Premio "Academia Nacional de la Historia, Obras Inéditas 2010-2012", a los doctores **María Cecilia Rossi** y **Guillermo Banzato**, por su obra titulada "Tierra y sociedad en Santiago del Estero. El antiguo Matará, siglos XVII a XX". Agradeció en representación de ambos, la doctora Rossi.

Se otorgaron también diplomas de reconocimiento a la señora **María Teresa Braun Cantilo de García González** y a los señores **Marcos de Estrada** y **Fray José María Cabrera**, por haber enriquecido con sus donaciones el patrimonio de la Corporación.

El acto fue cerrado por la conferencia del doctor **Marcelo Montserrat** quien disertó sobre: "Un conflicto perenne: deseo político contra razón histórica".

